

CRÍPTICA REALIDAD

Con un lenguaje crítico y poético, la artista CARMEN CALVO investiga el papel de la imagen en la construcción de la identidad.

Marga Perera

Foto: Alfredo Arias

Carmen Calvo (Valencia, 1950) presenta en la galería Tiempos Modernos de Madrid *La necesidad de confirmar la realidad*, una muestra centrada en el universo del retrato que se apoya en dibujos, fotografías intervenidas y obras realizadas con fragmentos de cerámica. Por medio del retrato, la artista valenciana reflexiona sobre la vulnerabilidad del individuo y a través de personajes anónimos universaliza esta condición humana. Frente a esta fragilidad, Calvo recurre a la ironía, que para Sócrates fue la primera fórmula del método dialéctico para la búsqueda de nuevas salidas. Esa ironía la aplica enmascarando a los personajes, dotándolos de un aura de misterio sin perder su identidad. Carmen Calvo es una de las artistas españolas más premiadas y fue la primera mujer que representó a España en la Bienal de Venecia en 1997. Premio Nacional de Artes Plásticas en 2013, un año más tarde, fue nombrada miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Para nada, 2021



En 2020, fue galardonada con el Premio Internacional Julio González del IVAM de Valencia, donde prepara una gran exposición para el próximo mes de julio.

¿Cuál es la intención de la exposición *La necesidad de confirmar la realidad*? Se trata de representar la identidad de la persona, por eso la exposición gira en torno al retrato; algunos son individuales y también hay fotografías que tienen que ver con el entorno del personaje, como interiores de una habitación. Y todo ello a través de diferentes técnicas como *collages* hechos sobre papeles directamente dibujados, sobre cartas, también anónimas, o recibos... porque todo forma parte también del individuo, lo que reúne en su vida, el debe y el haber... ¡la vida misma!. Los dibujos los hice durante la pandemia, cuando estuvimos más que encerrados, y reflejan la incertidumbre de aquellos momentos. En la exposición hay dibujo, fotografía y escultura en gres, el barro que se utiliza para hacer las figuras de porcelana. Creo que está bien reflejada la situación actual y lo que nos está ocurriendo, como la ansiedad y la individualidad, que se han transmitido a través del miedo, que nos obliga a protegernos manifestando rechazo.

Tal como lo plantea, también es un trabajo antropológico y sociológico Sí, porque refleja mi inquietud como persona y como mujer que vive lo que sucede a su alrededor. Los artistas nos manifestamos a través de lo que más nos preocupa y en mi caso es la persona. En estos momentos estoy exponiendo en Berlín una instalación que se titula *Una jaula para vivir*, de 1998, que surgió a partir de una noticia en el periódico que parecía estar entre la ficción y la realidad, pero que en este caso era real, una niña que vivía encerrada en una jaula.

¿Qué es para usted la realidad? La vida. La vida es la realidad, por eso digo que estos retratos confirman la realidad del personaje.

La realidad para cada uno, porque es distinta Claro, por eso no hay un único retrato en la exposición sino muchos porque estamos hablando de diferentes personajes, indudablemente anónimos; simplemente existen en mi imaginación. Ésa es la naturaleza de la pintura: ofrecer un campo abierto para que cuando la observemos nos incite a reflexionar sobre qué pasa, qué nos pasa.

Se la ve muy satisfecha con la exposición Sí, lo estoy, hay mucha comunicación con la galería y está montada con unos muebles maravillosos de los años 30, 40 y 50 que también hablan de una época, de un tipo de madera, de un tipo de diseño que ha trascen-

dido a través del tiempo. Y eso es estimulante porque la pintura forma parte del entorno de cada uno. Y también es un placer. Poder disfrutar en tu casa una obra de arte, aunque no sea de una gran firma, es cultura. Es importante que uno se vaya motivando a ver, sobre todo, pintura al natural. Internet es indispensable, pero yo leo libros y periódicos impresos porque el papel forma parte de mi vida.

¿Todas las obras expuestas son recientes? Sí, todas lo son. Los dibujos son de 2021, justo cuando empezó este mundo al revés; por eso algunos personajes llevan mascarillas. Son cuatro dibujos bastante grandes, las fotografías y la intervención en el barro, que me retrotrae a mis orígenes, cuando utilizaba piezas cerámicas.

Me acuerdo perfectamente de aquellas obras con pequeños fragmentos de cerámica ¡Gracias por acordarse!. En La Caixa y en la Fundació Suñol hay obras mías de esa época y en cuanto al barro, todo lo que sea manipular, que es también dibujar e intervenir en los objetos y en las fotografías, tiene que ver con mi formación, un tanto clásica; aunque también me estoy animando a hacer vídeo porque yo soy de una generación del cine y la imagen la tengo muy presente. En julio expondré en el IVAM, porque soy Premio Internacional Julio González, y voy a atreverme con una serie de imágenes.

¿En vídeo? No, no, estáticas, porque para hacer vídeo primero hay que elaborar un guión, aunque todo tiene un guión, claro, pero el vídeo requiere otro tipo. En realidad ya tengo un vídeo, que se llama *Retazos*, que hice con la colaboración técnica de unos profesionales, pero el tema y el proyecto eran míos. Lo que hay que mantener siempre es la ilusión y la constancia. Usted y yo tenemos la suerte de dedicarnos a algo que nos llena, a contracorriente de muchas cosas, pero bueno...

Habla de la naturaleza del ser y también el barro tiene relación con ella porque fuimos creados con barro, según el Génesis Claro, así dicen los textos bíblicos. Por otra parte, la arqueología me fascina. Aquí quiero recordar la exposición y donación que hice al CNIO (Centro Nacional de Investigaciones Oncológicas), junto con Juan Luis Arsuaga, el paleontólogo, que me llevó a visitar Atapuerca, y a partir de esto hice cuatro fotografías inspiradas en el mundo del barro de donde venimos.

En su obra es frecuente la presencia de la máscara o de enmascaramiento La máscara es cubrir, es ocultar y eso es misterio en todos los sentidos. Se ha utilizado a lo largo de la historia: etruscos, egipcios, griegos y luego, Renacimiento, Barroco... El hecho



El ojo que todo lo ve, 2021

de encubrir siempre es más enigmático que develar. Hay una película fantástica de Stanley Kubrick, *Eyes Wide Shut*, que fue su obra póstuma, y en ella muestra una sociedad secreta en la que todos llevan máscaras. En mis obras no solo utilizo máscaras, sino que también tapo los rostros con pintura y objetos.

Decía Freud que el hombre es tan indiferente a la apariencia porque la vive como real y que el signo de esta indiferencia es la máscara. O sea, llevamos máscara y nos sentimos más seguros Sí, sí, es una forma de protegerse, y a veces de una manera ambigua.

Al final, la máscara o la coraza es una manifestación inconsciente, que no sabemos ni siquiera quitar Por temor y por otros muchos factores. En realidad yo llego a este concepto más bien a través de la plástica, pero es que lo plástico tiene mucho que ver con la literatura y con el pensamiento.

¿Sus pinturas son siempre retratos imaginarios? Yo trabajo siempre con personajes anónimos. He hecho algunos retratos pequeñitos a los amigos. El último fue el de Paco Brines porque él quiso que le hiciera uno en barro y está en la Biblioteca Nacional.



La madre 2, 2008

bras. He intentado aproximarme a eso aunque ya veremos si resiste porque el tiempo pone la obra en su sitio. Esa es la duda que todo artista tiene: el paso del tiempo, si la obra aguantará o no.

No todas lo hacen... ¡Ah, no, no! Por eso hay que ser generoso y solo exponer lo que creas que está bien. Siempre te queda la duda, pero si un cuadro no está claro, es preferible que descance, que coja un poco el tiempo y luego se puede volver a él o descartarlo.

Eso ya depende del compromiso de cada artista con su obra, ¿verdad? Yo trabajo todos los días, pero cada artista tiene sus horarios, algunos más alternos, más diurnos o más nocturnos.

¿Cómo es un día en su taller? ¡Uy!, hoy he venido a las 7:30 de la mañana porque he tenido la suerte de que tenía dos colaboradores para manipular un cuadro enorme y embalarlo. Trabajo en soledad, no tengo asistentes, excepto cuando es necesario, por ejemplo, para manipular piezas grandes y meterlas en cajas. Cada día, a las 8:30 ya estoy en el taller porque ahí se pueden hacer muchas cosas: leer, trabajar en el ordenador o regar las plantas. Tienes que calentar motores porque llegar al vacío... Hay que ir al estudio a diario porque el vacío produce incertidumbre. Hay que ir tomando notas porque todo proyecto empieza con una idea que se te puede ocurrir durante un viaje en tren, al observar a unos niños jugando...

¿Sigue trabajando en barro? Ya había investigado mucho el fragmento Ahora ya no tanto; he puesto antes el ejemplo del retrato de Brines porque es actual. El fragmento va muy ligado a la mirada del objeto, a descontextualizarlo. Lo trabajé más en el pasado, pero las cosas que me aburren las dejo [sonríe]. Hacer obras como churros es un peligro, hay que estar atento, ojo avizor, y evitar fórmulas manidas... Si uno llega a tener un sello de identidad está muy bien, pero repetirlo es un tanto arriesgado. Por eso he dejado el barro, aunque adoro manipularlo, porque empecé muy jovencita y ahora lo miro de otra manera. Precisamente, hace poco he vendido el horno que tenía porque Valencia aún sigue teniendo esa tradición de la cerámica y aquí cerquita de mi estudio hay un alfarero, con un horno maravilloso, donde puedes hacer la pieza y cocerla; todavía no lo he probado pero lo tengo en mente.

¿Volvería al barro? Sí, pero de otra manera, con otro planteamiento. El barro es muy atractivo y a los niños les encanta. En mi estudio tengo un jardín

¡Qué lujo tener un retrato suyo! Bueno, bueno... Fue un reto hacerlo porque ¡él era tan cariñoso! Al final, nos queda su poesía, que es muy reconfortante. La poesía siempre te lleva a otro plano. Y al pedirme un retrato yo no me podía negar. Modestamente, no soy retratista; yo hago signos de memoria, no pretendo que se asemejen, no. Son signos. Y este retrato es un signo que, por otro lado, sí que se le parece [dice sonriendo] porque procuré que hubiera esta connotación; lo hice en barro, un material sobre el que él escribió unos textos extraordinarios, hablando de esa sombra que proyectaba, que es un poco como hablar de dibujo, de las luces y las som-

brado, por cómo transmitía optimismo, cómo manipulaba las telas, como hacía una buena cocina... todo eso también es cultura.

Nos han reprimido tanto desde pequeños que llegamos a adultos con menos espontaneidad Bueno, yo de momento me siento muy libre con lo que hago; otra cosa es si gusta. Claro, ahí está la selección. No me quejo.

Claro, es una de las artistas más premiadas Bueno, tampoco hago pasillos y corredores y si me lo han dado es porque soy perseverante, porque para que a una mujer le den premios ¡cuánto tiene que manifestarlo! Llevo casi 50 años en este mundo. Somos pocas. Las mujeres no lo tenemos fácil, pero hay estupendas artistas, tanto mayores como jóvenes.

Hablaba del artista que se repite, pero también es difícil no repetirse cuando se tiene éxito en el mercado Claro, el artista vive y paga impuestos, por eso es complicado equilibrar esta balanza, y ahora además son malos tiempos. A mi me alegra venir al estudio cada día y ver lo que he conseguido en mi carrera.

¿Cuáles son sus referentes? La propia vida y mi madre, que no era pintora, pero era artista de la

vida, por cómo transmitía optimismo, cómo manipulaba las telas, como hacía una buena cocina... todo eso también es cultura.

Algunos retratos están cubiertos con piezas de ganchillo ¿las hizo su madre? Sí, sí, tengo varias piezas tuyas, algunas incluso van a ir al IVAM porque creo que es un homenaje necesario. Yo estoy feliz de haber tenido una madre como la mía. Nunca se opuso a que yo fuera artista, solo me decía: "cuánto dinero ganas que todo el día estás en el estudio" porque, claro, el concepto de trabajo era igual a ganar. Pero lo entendió todo perfectamente y por otra parte el dejarme hacer ya era una forma de comprender. Eso ya es cultura.

¿Qué es lo que le hace más feliz de su trabajo? Pues poder seguir [sonríe] porque eso es fundamental cuando llegas a una edad, aunque yo me considero joven... Lo que más feliz me hace es el trabajo y la amistad, porque los amigos son como la familia. También me encantan las plantas.

En su obra también hay una buena dosis de ironía Es que la vida también es ironía [dice sonriendo] por eso me gustan Buñuel y Berlanga porque forman parte de nuestra cultura.

GALERIA EUDE

46º aniversario

tàpies | brossa

lletres · signes · xifres

Jàpies
Brossa



Fotografia de Lluís Furriol



Grupo de libros, Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University

Una biblioteca excéntrica

Libros que matan, libros que podrían destruir el universo, libros para comunicarse con los ángeles, libros comestibles, libros escritos con sangre. El escritor e investigador Edward Brooke-Hitching ha recopilado en un fascinante volumen las historias y curiosidades de los libros y manuscritos más extravagantes jamás creados.

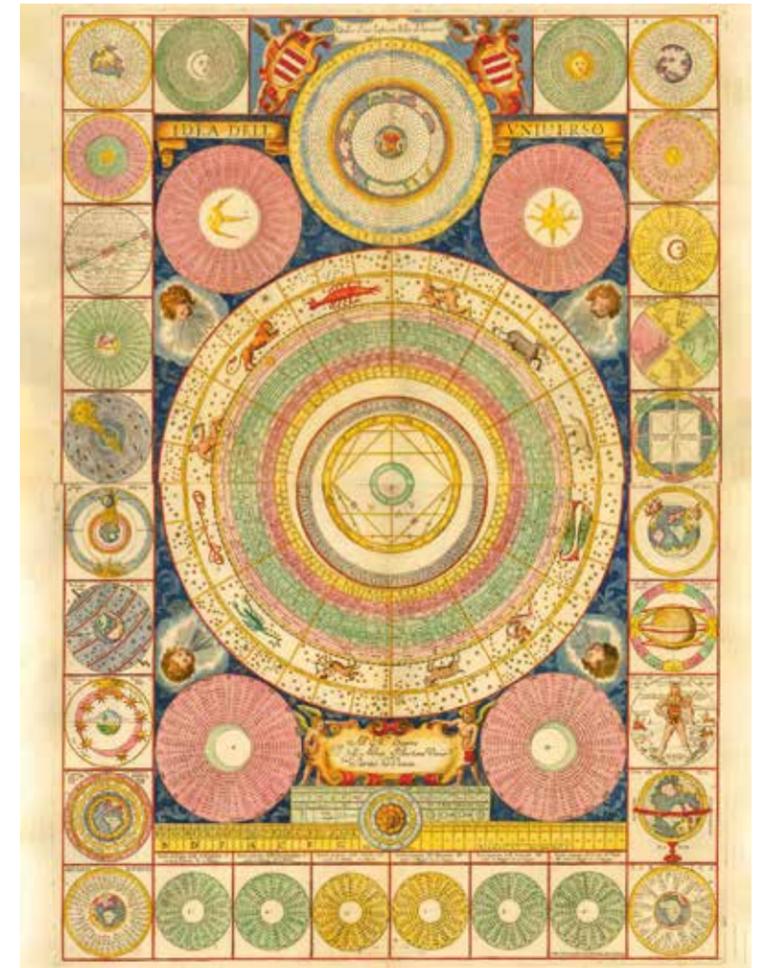
Edward Brooke-Hitching

Acababa de cumplir un año cuando mi padre me usó por primera vez de paleta en una subasta. Con un comerciante de libros como progenitor, el hogar es una casa hecha de libros, tanto de manera figurativa como estructural. Cada centímetro de la pared está recubierto de estanterías abarrotadas de encuadernaciones de colores brillantes: un lujoso rojo marroquí (piel de cabra), vitela blanca (cuero de ternero fino), azul marino, verdes selva, oros sólidos y marrones antiquísimos y malhumorados, todos resplandeciendo en distintos grados de recubrimien-

tos dorados. Además, los libros respiran, exhalando un aroma de páginas y cueros añejos, el olor de los siglos, variando de manera apenas perceptible según el lugar y la época de origen. Por supuesto, lo romántico de esa atmósfera se desperdicia con un niño. Al menos al principio. Para cuando tenía diez años no podía imaginar que existiera algo menos interesante que los libros viejos. A los dieciocho estaba trabajando para una casa de subastas londinense, por lo que pasaba cada hora en su compañía; a los veinticinco, ya perdidamente enamorado, sustraía presupuesto de asuntillos poco esenciales

en comparación, como la comida o el alquiler, para nutrir unas pocas estanterías propias. (“He conocido a hombres que han hecho peligrar sus fortunas – escribió el gran librero estadounidense A. S.W. Rosenbach en 1927 – que han viajado a la otra punta del mundo, olvidado a sus amistades, engañado, estafado y robado, todo para conseguir un libro”). Más o menos al mismo tiempo, al otro lado del Atlántico, un equipo de Google estaba completando un cálculo que nadie se había atrevido a realizar antes. La iniciativa Google Books, cuyo nombre en clave era *Project Ocean*, se había lanzado en secreto ocho años antes, en 2002, con el propósito de conseguir y digitalizar un ejemplar de todos los libros impresos existentes. Para lograrlo, el equipo determinó que haría falta tener una idea de la cantidad de libros que esto supondría. Así que reunieron todos los archivos que pudieron encontrar, desde la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, WorldCat y varios sistemas de catalogación globales hasta que alcanzaron una cifra superior a mil millones. Más tarde, los algoritmos redujeron este número, eliminando las ediciones repetidas, microfichas, mapas, vídeos y un termómetro de carne que se había añadido a un carné de biblioteca como broma del Día de los Inocentes hacía largos años. Al final, llegaron a un número aproximado de todos los libros disponibles. Según anunciaron, existían 129.864.880 títulos, y se proponían escanearlos todos.

Por supuesto, esta cifra aumenta exponencialmente cuando consideramos todas las obras perdidas a lo largo de la historia, desgastadas por el uso, desaparecidas por completo en desastres naturales (el Tercer Folio de Shakespeare es, en realidad, más raro que el Primero, puesto que la mayoría se destruyó en el gran incendio de Londres en 1666), y, no hay ni que decir, las destrucciones deliberadas, ya sean quemados en grandes piras (a veces acompañados por sus autores), o, incluso, como en el caso de dos millones y medio de novelas de Mills & Boon en 2003, despedazadas y mezcladas con las bases de veinticinco kilómetros de la autopista M6 de Inglaterra para ayudar a cimentar el asfalto. Dentro de la cifra de 129.864.880 libros se incluyen todos los grandes clásicos de la literatura que han sobrevivido hasta nuestros días – continuamente estudiados, reimpresos y readaptados, y el núcleo de las historias literarias del pasado-. Sin embargo, tal y como ilustra el nombre en clave que eligió Google, *Project Ocean*, estas famosas obras no son sino gotas en un mar literario vetusto e infinito. Los libros que siempre me ha interesado encontrar son las gemas ocultas que resplandecen entre la nostalgia de estos enormes restos editoriales, las rarezas abandonadas a las tinieblas, demasiado extrañas para clasificarlas y que, sin embargo, demuestran

Vincenzo M. Coronelli, *Idea dell'Universo*, 1690. BLR

El político británico Augustine Birrell (1850-1933) encontraba las obras de Hannah More tan aburridas que enterró la colección entera con los diecinueve volúmenes en su jardín. A veces, en lo que se conoce como “bibliofagia”, se ha llegado a devorar literalmente la literatura: los huesos oraculares grabados de los antiguos chinos, por ejemplo, solían confundirse con huesos de dragón y los desenterraban para hacer elixires medicinales. En Italia, en 1370, un furioso Bernabò Visconti, señor de Milán, obligó a los delegados del Papa a tragarse la bula de excomuniación que le habían entregado, con el cordón de seda, el sello de plomo y todo, mientras que el abogado alemán del siglo XVII Philipp Andreas Oldenburger fue sentenciado no solo a comerse sus polémicos escritos, sino que lo azotaron mientras lo hacía hasta que devoró la última página.



Liber Floridus,
1090-1120.
Universidad de
Gante

que son más intrigantes que aquellas más celebradas. Me preguntaba: ¿qué libros habitarían las estanterías de la mayor biblioteca de curiosidades literarias, reunidas por un coleccionista para el que ni el espacio, ni el tiempo ni el presupuesto fueran un obstáculo? ¿Y qué pasaría si estos libros nos enseñaran más sobre los hombres y mujeres que los escribieron y su época de origen de lo que cabría esperar?

El primer problema a resolver es qué constituye exactamente una curiosidad. A grandes rasgos, el término es, por supuesto, subjetivo: la rareza se encuentra en el ojo de quien contempla el libro. Pero después de casi una década rebuscando en los catálogos de las bibliotecas, casas de subastas y librerías de viejo de todo el mundo, siguiendo pistas y anécdotas a medio recordar, sobresalen obras de una peculiaridad innegable. Cada una de ellas contiene una gran historia, no solo en su interior, sino a sus espaldas, y según iba reuniendo los libros, los temas empezaron a surgir gradualmente, y lo imposible de clasificar comenzó a encajar en los géneros hechos a medida que conforman distintos capítulos. «*Libros de carne y hueso*», por ejemplo, examina la historia de la bibliopegia antropodérmica (libros encuadernados en piel humana) y otras estrafalarias maneras de producir libros con partes

del cuerpo. Estas prácticas no son tan anticuadas como se podría creer. Pensemos en un caso moderno como en el Corán de sangre de Saddam Hussein, un ejemplar de 605 páginas del libro sagrado encargado por el dictador iraquí en el año 2000, escrito durante dos años con 24 litros de su propia sangre.

Por otra parte, en el capítulo «*Colecciones curiosas*», aparecen proyectos de dedicación obsesiva similar, desde manuscritos medievales de bestias fantásticas y guías de la jerga criminal del Londres georgiano (con numerosas expresiones lascivas), al «atlas de la tela» secreto del capitán Cook y la inesperada historia homicida sobre los orígenes del diccionario de Oxford. Mientras que «*Fraudes literarios*» nos presenta lo mejor de la tradición literaria de la escritura engañosa (mentiras en forma de libros), ya sea a modo de sátira, autobombo o como

Una de las pérdidas más espectaculares fue la de los encuadernadores de lujo londinenses Alberto y Francis Sangorski, que habían pasado dos años completando *The Great Omar*, una magnífica encuadernación en la que habían incrustado más de mil piedras preciosas en un manuscrito de *Rubaiyat* para el acaudalado bibliófilo estadounidense Harry Elkins Widener. Este se embarcó emocionado para llevarse el tesoro a casa en 1912. ¿El nombre del navío? *Titanic*.

instrumento de venganza. El mejor ejemplo del último caso es la serie de panfletos que Jonathan Swift escribió bajo el pseudónimo de Isaac Bickerstaff en 1708, una exitosa campaña del autor para convencer a todo Londres de la muerte prematura de un profeta de tres al cuarto que despreciaba. «*Libros crípticos*», por su parte, ofrece lo más llamativo de la historia de la escritura en código. Algunos de los textos se han logrado descifrar para revelar contenidos sorprendentes, como la carta del diablo del siglo XVII y el manuscrito que detallaba el ritual de depilación de cejas de una sociedad secreta alemana de oftalmólogos excéntricos. Otros puzzles no han sido resueltos y aparecen para que intente descifrarlos usted mismo y recoger la recompensa que se ofrece por más de uno de estos resistentes enigmas. «*Obras del mundo sobrenatural*» recoge los escasos ejemplos de grimorios de hechiceros (libros de hechizos) y otras arcanas mágicas de la literatura, con ilustraciones verdaderamente increíbles. Se incluye la escritura automática de médiums espirituales, a través de los cuales autores largamente fallecidos lograron producir obras después de su muerte. Entre los creyentes se encuentran el poeta W. B. Yeats, cuya mujer George «transmitió» 4.000 páginas de dictado espiritual en los tres primeros años de su matrimonio. (Una compilación de la escritura automática de George se publicó como *A Vision* en 1925, pero durante siete ediciones solo se dio crédito a Yeats en la portada). Los estantes de esta excéntrica biblioteca no dejan de extenderse a lo largo del mundo y de los siglos de los siglos. Libros invisibles, libros que matan, libros tan altos que hace falta un motor para pasar las páginas y libros tan largos que podrían destruir el universo. Libros comestibles. Libros que sirven como ropa. Libros fabricados con piel, huesos, plumas y pelo. Libros de hechizos, manuales chamánicos, pergaminos de alquimia, libros pecaminosos y la antigua obra conocida como *El himno caníbal*. Libros para comunicarse con los ángeles, y libros para invocar demonios cazadores de tesoros. Un proceso judicial del diablo y un contrato con su firma. Libros desgastados en la batalla, libros que predicen el futuro, libros encontrados en el estómago de un pez o envueltos en torno a egipcios momificados. Libros parásitos, libros de medicina, textos para buscar un tesoro y escritura críptica escondida en la Biblia. Manuales japoneses de matemáticas con ratas, biblias en miniatura, el libro más pequeño jamás creado y la obra de teatro más corta jamás representada. Libros de peces inventados, libros de formas imposibles, libros de visiones, escritos de la locura, un diario de guerra escrito en un violín y otro en papel higiénico. Y algunos todavía más extraños. A diferencia de la mayoría, son libros que tienen historias verdaderas que contar. Cada uno de ellos redefine, a su manera, el concepto de lo que puede ser un libro; todos ellos hacen que a los bibliófilos se les acelere el pulso, reescriban y expandan nuestra idea de por qué ama-

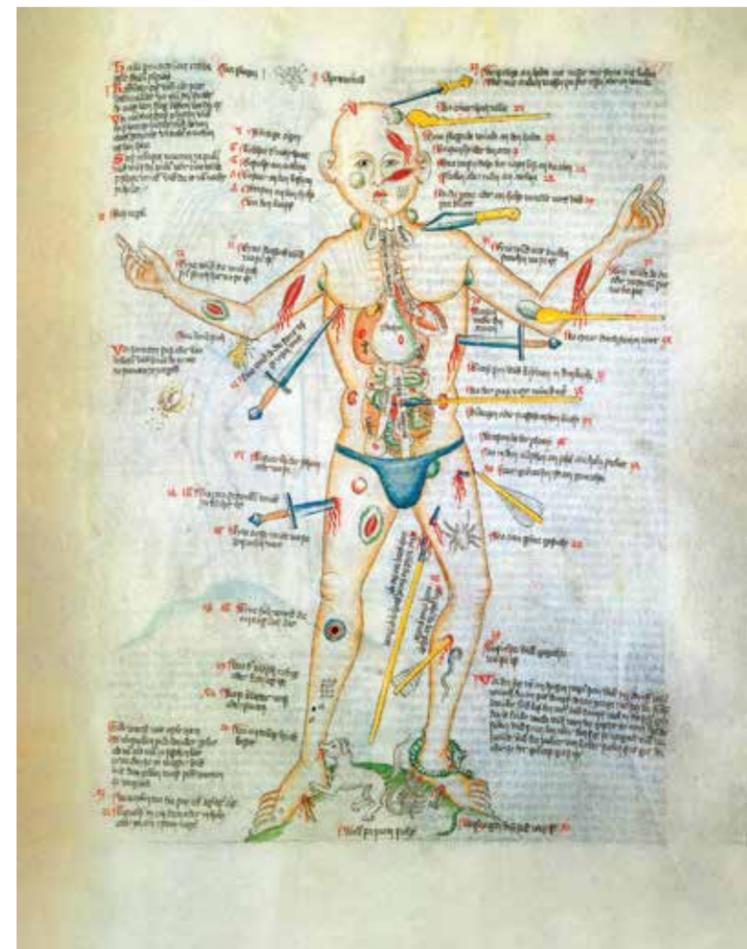


Ilustración médica del
Hombre Herido, 1420.
Wellcome Collection

mos los libros. Y aun así, por un motivo u otro, estos libros fueron exiliados al limbo del olvido. Pero estos libros respiran. Contienen pensamientos, sabiduría y humor que, si no fuera por ellos, habría desaparecido. Sus historias (y hasta cierto punto sus autores) viven cuando los abrimos, indemnes a la violencia del tiempo. Parece apropiado acercarse a ellos y recuperarlos, reunirlos en las páginas de este libro, una biblioteca especializada por mérito propio. Los bichos raros, los anormales, los inadaptables largamente perdidos; en fin, una colección de los olvidados.



Edward Brooke-Hitching es el autor de *Libros peculiares, manuscritos extravagantes y otras curiosidades literarias*. Editorial Blume. 256 páginas. PVP: 26,90 euros